



Renán Vega Cantor

Historiador, Profesor titular de la Universidad Pedagógica Nacional de Bogotá (Colombia). Premio Libertador, Venezuela, 2008. Integrante del Consejo asesor de la *Revista Herramienta*

Introducción

Uno de las nociones más recurrentes para justificar la implementación de las políticas neoliberales, en términos educativos y laborales, es la de “sociedad del conocimiento”. Sin mayores explicaciones se suele afirmar que hemos entrado a una nueva forma de organización social, en la que lo decisivo sería el conocimiento y la información. En contravía con esa opinión, aquí sostenemos que la “sociedad del conocimiento” es otro de los sofismas de la vulgata de la globalización, esgrimido con la finalidad de justificar el supuesto cambio de época en que nos encontraríamos y la pretendida pérdida de importancia de los recursos naturales y de la producción material.

Para controvertir esa gaseosa imagen de la “sociedad del conocimiento” en este ensayo consideramos tres cuestiones: en la primera se analiza el origen del vocablo y se establecen algunas relaciones con el capitalismo actual; en la segunda se escudriña en la forma como se concibe al conocimiento por parte de aquellos que promueven la emergencia de una supuesta nueva sociedad; y en la tercera se examina la contradicción evidente que resulta de constatar que, mientras se presume que vivimos en una época pletórica de conocimiento, se haya generalizado la ignorancia por todo el mundo.

El origen de la noción de “sociedad del conocimiento” y el capitalismo realmente existente

Ha habido una retroalimentación “conceptual” entre los investigadores y las instituciones

financieras y burocráticas internacionales, por lo cual a veces no es fácil diferenciar quién plagia a quién, es decir, si fueron los investigadores de la “era de la información” los que usaron por primera vez las nociones de sociedad y economía del conocimiento o fueron instituciones como el Banco Mundial las que acuñaron esos términos y luego los investigadores se dieron a la tarea de darles legitimidad y “contenido teórico” a esos supuestos. Además, las funciones como consejeros gubernamentales en materia de tecnología e información de algunos de esos teóricos son, por lo menos, reveladoras de los intereses en juego.

Así, Manuel Castells se ha desempeñado como consejero de diferentes gobiernos europeos en materia de información y también presidió una comisión de expertos que asesoró al gobierno neoliberal de Boris Yeltsin en Rusia y Jeremy Rifkin se desempeñó como consejero de la administración de Bill Clinton.

Estos nexos con altas esferas del poder indican que esos teóricos no son tan independientes como podría pensarse y, de alguna forma, sus recomendaciones políticas y sus formulaciones teóricas han estado influidas por los intereses del mundo de la informática. No por casualidad, The Wall Street Journal, periódico neoliberal por excelencia y vocero de los grandes intereses corporativos, calificó a Castells como “el primer filósofo del ciberespacio”.

Al margen de estos detalles “anecdóticos”, lo único cierto estriba en que, mucho más que los propagadores de las ideas clave de la nueva vulgata, quien se ha encargado de legitimar mediante su difusión ideológica y la contratación de expertos encargados de expandir en todo el mundo esas ideas es el Banco Mundial, el cual ha introducido la noción de “economía del conocimiento”. Para dicho Banco esa “nueva economía” se fundamenta primordialmente en el uso de ideas más que en el de capacidades físicas, así como en la aplicación de la tecnología más que en la transformación de materias primas o la explotación de mano de obra económica. Se trata de una economía en la que el conocimiento es creado, adquirido, transmitido y utilizado más eficazmente por personas individuales, empresas, organizaciones y comunidades para fomentar el desarrollo económico y social [1].

Una idea tan peregrina como esta, que no se corresponde con la economía real de ningún país del mundo, es repetida hasta el cansancio, a partir del momento en que hay dólares en juego, por investigadores de todos los terrenos, en especial del campo educativo, porque es evidente que el interés de la imagen de “sociedad de conocimiento” es presentar una realidad irrefutable a la que deben ajustarse los modelos escolares en todo el planeta. No sorprende, en consecuencia, que el argentino Juan Carlos Tedesco, un funcionario de la UNESCO, sostenga que “existe consenso (sic) en reconocer que el conocimiento y la información estarían reemplazando a los recursos naturales, a la fuerza/y o al dinero, como variables clave de la

generación y distribución del poder en la sociedad” [2].

De lo que se trata es de saber quiénes han determinado que nos encontramos en una época en la cual los recursos naturales ya no son importantes y ahora lo que cuenta es el conocimiento y la información. Que se siga repitiendo esto después de que ha quebrado la efímera “nueva economía” de las tecnologías de la información y que se han generalizado las guerras de agresión de Estados Unidos por apropiarse del petróleo y de los recursos naturales en distintos puntos de la tierra (incluyendo a Colombia), demuestra o lo mal “informados” que están los teóricos de la sociedad del conocimiento o los intereses que defienden al negarse a considerar factores decisivos que ponen en cuestión el supuesto eclipse de la realidad material en aras del conocimiento y la información.

Súbitamente y sin ningún tipo de explicación, el Banco Mundial utiliza indistintamente las nociones de “sociedad del conocimiento” o “economía del conocimiento” como denominaciones del capitalismo actual, términos que además están directamente relacionados con la educación, arguyendo que el surgimiento de una economía global basada en el conocimiento le ha conferido al aprendizaje un valor diferencial alrededor del mundo. Las ideas, los conocimientos y la experiencia como fuentes del crecimiento económico y del desarrollo, junto con la aplicación de nuevas tecnologías, traen importantes consecuencias en la manera como las personas aprenden y aplican sus conocimientos durante toda su vida [3].

La tan aclamada “economía del conocimiento” tendría cuatro características definitorias: la revolución de la información y el uso de nuevas tecnologías; la reducción del ciclo de los productos, lo que ha aumentado la necesidad de la innovación; una gran integración a la economía mundial y un mayor crecimiento de los países que brindan mejor educación y salud a sus habitantes, entendidas como actividades proporcionadas por el mercado; y, las empresas pequeñas y medianas que suministran servicios cada día tenderían a ser más importantes [4].

En este contexto se agrega que “el aprendizaje permanente es la formación de las personas para la economía del conocimiento” y en un “marco de aprendizaje constante... las estructuras de la educación formal -primaria, secundaria, superior, vocacional, etc.- no son tan importantes como el aprendizaje del estudiante y la satisfacción de sus necesidades” [5].

Es decir, habría un imperativo que condiciona la educación de la gente, formarse para participar en la “economía del conocimiento”, razón que determina todo lo relacionado con la educación. Y es ese imperativo el que se ha exaltado como premisa de la transformación del

sistema educativo en concordancia con las necesidades del mercado, porque “los sistemas educativos tradicionales, aquellos en los que el docente constituye la única fuente de conocimiento, poco se prestan para dotar de lo necesario a las personas que deban trabajar y vivir en una economía del conocimiento”, en la cual el sistema educativo “se tiene que orientar hacia competencias más que hacia grupos de edades”. Y, como para que no quede duda, se recalca que “el modelo de aprendizaje permanente les permite a los estudiantes adquirir no sólo habilidades adicionales sino también la clase de destrezas nuevas que exige la economía del conocimiento, además de una mayor cantidad de habilidades académicas tradicionales” [6].

En pocas palabras, la llamada “sociedad del conocimiento” en el caso de las universidades resulta ser una denominación que contradice el mismo sentido del conocimiento de esas instituciones, que se supone debería ser universal, democrático y pluralista. Por el contrario, lo que la “tal sociedad del conocimiento” le depara a las universidades es algo completamente distinto que niega el carácter democrático de la universidad, al especializar “recursos humanos” funcionales para el capitalismo transnacional, una fuerza de trabajo diestra técnicamente, poco costosa, que no piense y absolutamente despolitizada.

Ese es el “recurso humano” adecuado para el capitalismo actual, pero en cuanto a la universidad se evaporan los contenidos universales de lo que se enseña, ya que su función queda reducida a impartir unos conocimientos técnicos especializados en concordancia con las necesidades del mercado, y no con la de los seres humanos. Por este sesgo economicista, en las universidades públicas de diversos lugares del mundo se ha dado un giro hacia los conocimientos técnicos, abandonando los saberes humanistas y éticos, convirtiendo a las ciencias sociales en unos dispositivos funcionales a la tecnología y en esclavas del capitalismo transnacional.

En rigor, el saber es crítico, reflexivo, histórico y social, características consideradas como completamente inútiles para los portavoces de la “sociedad del conocimiento” a quienes sólo les interesa aquello que es rentable de manera inmediata. Todo lo que no corresponda a la lógica del lucro es desechado:

De aquí que las humanidades no sean, en modo alguno, un lujo superfluo, sino algo “útil” en su sentido más noble y elevado, esto es, en el sentido de que son necesarias para ayudarnos a formar nuestro juicio político sobre el presente, a su vez entendiendo lo político en su sentido más noble, esto es, como la actividad totalizadora y reflexiva, que a cada cual compromete, sobre el conjunto de los problemas que nos afectan a todos. Se comprende entonces de qué modo en las sociedades económicamente avanzadas esa tenaza denominada por sus valedores “sociedad del conocimiento” está cerrando sobre todos nosotros su círculo

implacable de barbarie cognoscitiva y política...

Dentro de este círculo resulta un lujo superfluo toda disciplina genuinamente humanista necesaria para la formación del juicio político del ciudadano, razón por la cual el círculo de la “sociedad del conocimiento” deberá tender a cerrarse sobre la base de esta última exclusión de sus contenidos, la de los estudios de humanidades [7].

La noción ligera y sin sentido de “Sociedad del Conocimiento”, un sinónimo de “Sociedad de la Información”, es otro intento terminológico del capitalismo por camuflarse con un nuevo nombre, pretendidamente neutro y con intencionalidades políticas evidentes, porque ¿quién querría oponerse al conocimiento? Los cultores de esa noción afirman que el rechazo sólo puede provenir de los fundamentalistas religiosos o de cavernarios que reivindican la ignorancia y que se oponen al “progreso”.

Sin embargo, la pregunta cambia por completo de sentido si nos demandamos ¿quién puede y debe oponerse al capitalismo?, lo cual nos remite a una forma de organización social y no a un determinado tipo de conocimiento o información. Y esta pregunta aclara el panorama, a partir del momento que entendemos la idea de “conocimiento” que subyace entre aquellos que alardean de la “sociedad del conocimiento”, como veremos enseguida.

¿Cuál es la idea de conocimiento que sustenta la pretendida constitución de la “sociedad del conocimiento”?

Una pregunta de fondo para entender el sentido profundo de lo que está en juego con el término que estamos comentando, consiste en determinar ¿cuál es la noción de conocimiento que se encuentra tras el eslogan de “sociedad de conocimiento”? Y la decepción no puede ser más grande al constatar que, para los teóricos de la “nueva era”, “conocimiento” es sinónimo puro y simple de información, lo cual pone de presente que no se está hablando de ninguna reflexión intelectual sino de procesamiento de información a vasta escala, llegando a plantear incluso la existencia de una “inteligencia artificial” de tipo maquinal.

Por eso se habla de la casa inteligente, del automóvil inteligente, de la cafetera inteligente, del congelador inteligente... y mil denominaciones por el estilo, en verdad poco inteligentes, que están relacionadas con un comportamiento mecánico que se desarrolla a partir de unos

determinados códigos informáticos. ¡Que eso pueda catalogarse como inteligente, no pasa de ser una estupidez!

Siguiendo con la lógica mecánica de la “inteligencia artificial”, en la “era de la información” el saber se puede expresar en la ecuación: tecnología + cantidad de información = conocimiento.

Los términos de esta ecuación expresan claramente a lo que se reduce el conocimiento en estos momentos: al empleo de tecnologías que aceleran el procesamiento de información, las cuales generan un gran cúmulo de datos, cuya cantidad supera la capacidad de procesamiento individual de una persona, sin que eso signifique en verdad conocimiento, entendiéndolo como producto de la acción de pensar, de reflexionar o de teorizar. Porque, además, cuando en la ecuación mencionada se habla de cantidad se sobreentiende que se está señalando la velocidad en procesar información y de su carácter efímero y desechable.

Un revelador ejemplo de lo que se entiende por “conocimiento” en la “sociedad del conocimiento” lo encontramos en una nota de prensa en la que se informaba que “a pedido de la agencia espacial canadiense, la empresa Tactex desarrolló en British Columbia telas inteligentes. En trozos de paño se cosen una serie de minúsculos sensores que reaccionan a la presión. Ante todo, la tela de Tactex debe ser probada como revestimiento de asientos de automóviles.

Reconoce a quien se sentó en el asiento del conductor... El asiento inteligente reconoce el trasero de su conductor”. Como bien lo comenta el filósofo alemán Robert Kurtz, “para un asiento de automóvil, se trata seguramente de un hecho grandioso”, pero eso “no se puede considerar en serio como un paradigma del ‘acontecimiento intelectual del futuro’.

El problema radica en que el concepto de inteligencia de la sociedad de la información —o del conocimiento— está específicamente modelado por la llamada ‘inteligencia artificial’, lo cual quiere decir que “estamos hablando de máquinas electrónicas que por medio del procesamiento de datos tienen una capacidad de almacenamiento cada vez más alta para simular actividades rutinarias del cerebro humano” [8].

Y a esa capacidad de almacenar millones de datos y de procesarlos en poco tiempo en los computadores se ha bautizado como “memoria”, lo cual es un eufemismo puesto que esa

función no se parece en nada a la prodigiosa memoria humana.

En efecto, mientras nuestra memoria está ligada al cuerpo y a las emociones, lo que se ha denominado inadecuadamente como “memoria” en el computador es algo muerto, un simple depósito de datos. Lo mismo puede decirse de la inteligencia, cualidad esencialmente humana, de ahí que sea impropio hablar de inteligencia artificial o cosas por el estilo. Ya lo dijo J. Weizenbaum, “por mucha inteligencia que los ordenadores puedan obtener ahora o en el futuro, la suya será una inteligencia ajena a los auténticos problemas y preocupaciones humanos” [9].

Un caso extremo de lo que se entiende por conocimiento en el capitalismo actual nos lo proporciona Jeremy Rifkin cuando sostiene que hasta los robots y los computadores con avanzados softwares “están invadiendo las últimas esferas humanas disponibles: el reino de la mente. Adecuadamente programadas, estas nuevas ‘máquinas pensantes’ son capaces de realizar funciones conceptuales, de gestión y administrativas y de coordinar el flujo de producción, desde la propia extracción de materias primas hasta el marketing y la distribución de servicios y productos acabados” [10].

Esta apreciación nos ayuda a entender que en la “nueva era”, el “conocimiento” hace referencia a pura y simple información —hasta el punto que los mecánicos robots “piensan” y “conocen” a ese nivel— porque las Nuevas Tecnologías de la Información suministran datos de poca calidad, superficiales y abundantes pero sin ningún tipo de profundidad y en muchos casos falsos. No proporcionan ninguna guía moral o intelectual sobre qué tipo de información deberíamos seleccionar y cómo deberíamos evaluarla.

En la “sociedad del conocimiento”, hay grandes posibilidades para escoger el color del automóvil, el modelo de móvil o los ingredientes de la pizza, o sea, trivialidades. Por esta circunstancia, “gran parte de la explosión de conocimiento es... algo gaseoso, en el que el estilo prevalece a la sustancia, en que la mayoría de las personas sólo tienen elección respecto a lo que se refiere a cosas no esenciales de la vida, en el que ‘todo lo sólido se diluye en el aire’” [11].

Y lo que es peor aún, en una muestra de cinismo digno del capitalismo contemporáneo, a nombre de una supuesta e irreversible “sociedad del conocimiento” se pretenden dos cosas, respectivamente en los terrenos laboral y educativo: por un lado, sostener que el único trabajo importante sería aquel que realizan quienes laboran en la esfera del “conocimiento”; y, por otro

lado, que los profesores deben perder todos sus derechos como sujetos de la educación en aras de ajustarse a los requerimientos de la “economía del conocimiento”.

Con respecto a la cuestión del trabajo, es una ficción decir que los trabajadores del conocimiento son los del futuro porque esas actividades son las que más se expanden y consolidan, cuando para que aquéllos existan —siendo, además, una notable minoría— es indispensable el trabajo degradado de los proletarios, viejos y nuevos, de la era industrial, sometidos a regímenes inhumanos de explotación en las zonas más pobres del mundo, además que muchos de los “trabajadores simbólicos” son tan explotados como los trabajadores materiales, como sucede con los ingenieros informáticos en la India o con los empleados del Valle de Silicio, en los propios Estados Unidos.

Y en cuanto a los profesores, es significativo que cuando más se pregona sobre la fábula de la sociedad del conocimiento aquellos sean las principales víctimas: víctimas del desmonte de los mecanismos reguladores de los Estados, víctimas de la privatización, víctimas de la reducción del gasto social, víctimas de la taylorización de los sistemas de trabajo con la extensión de la jornada laboral a un ritmo brutal, víctimas de la desestructuración de las familias empobrecidas de la mayor parte de los estudiantes, víctimas de las reformas educativas neoliberales que lo consideran como el único responsable de la mala calidad de la educación, en fin, víctimas del capitalismo realmente existente, lo cual hace muy dudoso suponer que puedan estar actuando y laborando en una “sociedad del conocimiento”, más bien en una sociedad de la ignorancia generalizada.

Ante todo esto, se puede recordar que las tan mentadas “sociedad del conocimiento” y “economía del conocimiento” —simples eufemismos de capitalismo— debilitan las comunidades, socavan las relaciones entre los seres humanos y afecta negativamente la vida pública. Por ello, “una de las últimas instituciones públicas supervivientes, la educación pública y sus docentes deben preservar y reforzar las relaciones y el sentido de ciudadanía que la economía de conocimiento está amenazando”[12], y por tal razón debe afrontar el reto de preparar en valores solidarios que enfrenten al capitalismo actual y las diversas expresiones de su fundamentalismo de mercado.

¿”Sociedad del conocimiento” o capitalismo de la ignorancia generalizada?

Definir al capitalismo actual como una sociedad del conocimiento no sólo es pretencioso sino falso, si comparamos a esta forma de organización social con otras que han existido, y algunas

que sobreviven, a lo largo de la historia. En rigor, todas las sociedades han sido sociedades del conocimiento porque para la supervivencia de cada una de ellas se ha necesitado de un cierto cúmulo de conocimientos producidos por los seres humanos en una determinada fase histórica.

No debe olvidarse que el conocimiento es histórico, y por lo tanto relativo, y lo que hoy es visto como algo elemental, en su momento hizo parte de una compleja trama de relaciones y de productos culturales. Desde este punto de vista, todas las sociedades que han existido han sido sociedades del conocimiento, y si esto es así nada ganamos con denominar al capitalismo actual de esa manera pues eso no lo distingue de ninguna otra forma de organización social.

Una sociedad de cazadores o de recolectores puede incluso basarse mucho más en el conocimiento que la sociedad actual, a pesar de que hoy estemos rodeados de artefactos tecnológicos, por la sencilla razón que ese conocimiento específico era imprescindible para su supervivencia, siendo algo más que pura información. Por ejemplo, los cazadores de Kung San, del desierto de Kalahari, si que podían catalogarse como una auténtica sociedad del conocimiento por la forma como desarrollaban sus actividades cotidianas, como lo ilustra este breve relato de Carl Sagan:

El pequeño grupo de cazadores sigue el rastro de huellas de cascos y otras pistas. Se detienen un momento junto a un bosque de árboles. En cuclillas, examinan la prueba más atentamente. El rastro que venían siguiendo se ve cruzado por otro. Rápidamente deciden qué animales son los responsables, cuántos son, qué edad y sexo tienen, si hay alguno herido, con qué rapidez viajan, cuánto tiempo hace que pasaron, si los siguen otros cazadores, si el grupo puede alcanzar a los animales y, si es así, cuánto tardaran.

Tomada la decisión, dan un golpecito con las manos en el rastro que seguirán, hacen un ligero sonido entre los dientes como silbando y se van rápidamente. A pesar de sus arcos y flechas envenenadas, siguen en su forma de carrera al estilo de una maratón durante horas. Casi siempre han leído el mensaje en la tierra correctamente. Las bestias salvajes, elands u okapis están donde creían, en la cantidad y condiciones estimadas. La caza tiene éxito. Vuelven con la carne al campamento temporal. Todo el mundo lo festeja [13].

Este caso demuestra que los seres humanos siempre nos hemos esforzado por acumular y transmitir conocimientos y toda sociedad se define por los conocimientos de los que dispone, lo cual "vale tanto para el conocimiento natural como para el religioso o la reflexión teórico-social". Por esto, "parece increíble que desde hace algunos años se esté difundiendo el discurso de la

“sociedad del conocimiento... como si sólo ahora se hubiese descubierto el verdadero conocimiento y como si la sociedad hasta hoy no hubiese sido una “sociedad del conocimiento” [14].

La confusión que se esconde detrás de la muletilla “sociedad del conocimiento” estriba en suponer que conocimiento es sinónimo de información, porque si de algo está inundado nuestro mundo es de información, que desinforma y desmoviliza. En sentido estricto, información no es conocimiento, cuando mucho conocimiento trivial, similar a estar enterado del movimiento de la bolsa de valores o del momento en el que llega el próximo bus a la estación de Transmilenio.

Cuando se mezclan como sinónimos conocimiento e información en realidad están en juego dos categorías de conocimiento: el de las señales y el funcional. Este último está reservado a la elite tecnológica “que construye, edifica y mantiene en funcionamiento los sistemas de aquellos materiales y máquinas “inteligentes”.

El conocimiento de las señales, por el contrario, compete a las máquinas, pero también a sus usuarios, por no decir a sus objetos humanos. Ambos tienen que reaccionar automáticamente a determinadas informaciones o estímulos. No necesitan saber cómo funcionan esas cosas; sólo necesitan procesar los datos “correctamente”. Este es un comportamiento mecánico basado en la informática que sirve para programar secuencias funcionales. En realidad,

Se trabaja con procesos describibles y mecánicamente re-ejecutables, con medios formales, por una secuencia de señales (algoritmos). Esto suena bien para el funcionamiento de tuberías hidráulicas, aparatos de fax y motores de automóviles; está muy bien que haya especialistas en eso. Sin embargo, cuando el comportamiento social y mental de los seres humanos es también representable, calculable y programable, estamos ante una materialización de las visiones de terror de las modernas utopías negativas. Esa especie de conocimiento social de señales sugiere vuelos mucho menos audaces que los del famoso perro de Pavlov.

A comienzos del siglo XX, el fisiólogo Ivan Petrovitch Pavlov había descubierto el llamado reflejo condicionado. Un reflejo es una reacción automática a un estímulo externo. Un reflejo condicionado o motivado consiste en el hecho de que esa reacción puede ser también desencadenada por una señal secundaria aprendida, que está ligada al estímulo original.

Pavlov asoció el reflejo salival innato de los perros ante la visión de la ración de comida con una señal, y pudo finalmente provocar también ese reflejo utilizando la señal de manera aislada. Por lo que parece, la vida social e intelectual en la sociedad del conocimiento —o sea, de la información— debe orientarse por un camino de comportamiento que corresponda a un sistema de reflejos condicionados: estamos siendo reducidos a aquello que tenemos en común con los perros, puesto que el esquema de estímulo-respuesta de los reflejos tiene que ver absolutamente con el concepto de información e “inteligencia” de la cibernética y de la informática [15].

Y si algún conocimiento es limitado y parcial es el de las señales, de donde resulta profundamente empobrecedor y restringido que los seres humanos se guíen y actúen en concordancia con “las señales del mercado”. “Este conocimiento miserable de las señales no es, a decir verdad, ningún conocimiento. Un mero reflejo no es al fin y al cabo ninguna reflexión intelectual, sino exactamente lo contrario. Reflexión significa no sólo que alguien funcione, sino también que ese alguien pueda reflexionar ‘sobre’ tal o cual función y cuestionar su sentido” [16].

La escasa reflexión intelectual que caracteriza a los profetas de la “sociedad del conocimiento” queda en evidencia cuando se constata que aunque la información crece en forma alocada, el conocimiento real disminuye y se generaliza la estupidez televisiva. Al fin y al cabo que más puede esperarse de “una conciencia sin historia, volcada hacia la atemporalidad de la ‘inteligencia artificial’ que pierde cualquier orientación”, porque “la sociedad del conocimiento, que no conoce nada de sí misma, no tiene más que producir que su propia ruina. Su notable fragilidad de memoria es al mismo tiempo su único consuelo” [17].

La pretendida “sociedad del conocimiento” es una auténtica falacia si se considera, por ejemplo, que según las mismas proyecciones que se efectúan en países como los Estados Unidos, el 70 por ciento de los puestos de trabajo que se crean en ese país no requieren de ninguna preparación profesional y menos de educación universitaria.

El sofisma de la “sociedad del conocimiento” pretende ocultar que en estos momentos lo que se está generando es la más espantosa desigualdad social, expresada por supuesto en la educación, en la que una ínfima minoría accede a todo tipo de servicios educativos, mientras que la mayoría no tiene ninguna posibilidad de capacitarse, entre otras cosas porque el mercado laboral demanda en todos los países del mundo trabajo barato y sin ninguna preparación, como se observa en las maquilas y en las fabricas de la muerte que se implantan en todo el planeta.

Además, es verdaderamente cínico que se asuma una noción tan vaporosa como la de “sociedad del conocimiento” cuando lo que predomina en el capitalismo actual es la ignorancia generalizada en todos los terrenos, como se constata con los 800 millones de analfabetos que hay en el mundo, a lo cual deben agregarse otros millones de analfabetos funcionales —es decir, aquellos que aunque supuestamente sepan leer y escribir no están en capacidad de entender lo que leen ni de expresarse coherentemente a través de la escritura— y la “ignorancia sofisticada” de los que siendo expertos o profesionales no pueden pensar en el sentido estricto del término, entre los que hay que incluir forzosamente a los que se mueven en el terreno de la informática y la cibercultura, cuyo pensamiento es bastante tosco y rudimentario.

Tampoco tiene mucho sentido catalogar al capitalismo como una sociedad del conocimiento cuando asistimos a la destrucción de miles de lenguas y a una bestial homogeneización cultural a nombre de los “valores superiores” de la “economía de mercado” y de su tecnología informática, la que ni siquiera es capaz de almacenar información para el corto plazo, digamos unos 20 años.

Esto último supone que buena parte de la información generada después de 1980 y que se ha depositado en disquetes, CDs y otros dispositivos ni siquiera existe hoy, habiéndose perdido por completo y para siempre, dado que los nuevos mecanismos electrónicos no son capaces de leerla. Desde esta perspectiva, para la memoria colectiva de la humanidad ha sido más importante el papiro que nos ha legado información durante miles de años que los discos de computadora que solamente almacenan información fugaz, que tiene tan corta vida como las máquinas en que se procesa y como la “memoria” de los tecnócratas neoliberales.

Para terminar, no tiene sentido hablar de “sociedad del conocimiento” en momentos en que se presenta el mayor genocidio cultural de todos los tiempos, patentizado en la desaparición acelerada de cientos de idiomas en todo el mundo, lo cual está asociado a la brutal imposición del inglés. Cada lengua que se pierde supone la desaparición de saberes extraordinarios sobre medicina, botánica, ecosistemas y el clima y conocimientos esenciales para el desarrollo de la agricultura.

Al mismo tiempo, la erosión cultural que caracteriza a la sociedad capitalista actual se manifiesta, por ejemplo, en que los autores más traducidos y más leídos en el mundo escriben en inglés, y la mayor parte de esos autores (como Stephen King) han escrito libros basura, es decir, textos que no aportan nada ni al conocimiento ni al arte sino que son productos

comerciales desechables sin ninguna utilidad duradera, tales como novelas tontas, ciencia-ficción de pésima calidad, recetas de cocina o técnicas para adelgazar. Por todo ello, podemos concluir señalando que paradójicamente, y en contra de los lugares comunes, “nuestra generación es la primera en la historia que ha perdido más conocimiento del que ha adquirido” [18].

Notas

[1] BANCO MUNDIAL (2003): *Aprendizaje permanente en la economía global del conocimiento. Desafíos para los países en desarrollo*. Banco Mundial, Bogotá,: Alfaomega, p. 1.

[2] JUAN CARLOS TEDESCO (2000): *Educación en la sociedad del conocimiento*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, p. 11-12.

[3] BANCO MUNDIAL, op. cit., p. xiv.

[4] *Ibíd.*

[5] *Ibíd.*

[6] *Ibíd.*, p. 31. (Subrayado nuestro).

[7] FUENTES ORTEGA, J. B. y CALLEJO HERRANZ, M. J.: “En torno a la idea de “sociedad del conocimiento”: “Crítica (filosófico-política) a la LOU, a su contexto y a sus críticos”, en <http://www.filosofia.net/materiales/num/num17/Critilou.htm>

[8] KURTZ, R. “La ignorancia en la Sociedad del Conocimiento”, en antroposmoderno.com/antro-articulo.php?id_articulo=247.

[9] Citado en THEODORE ROSZAK (1990): *El culto a la información. El folclore de los ordenadores y el verdadero arte de pensar*. México: Editorial Grijalbo, p. 148.

[10] RIFKIN, J. (1995): *The End of Work. The Decline of the Global Labor Force and the Dawn of the Post-Market Era*. Nueva York: Putnam Book.

[11] Hargreaves, A. (2003):

Enseñar en la sociedad del conocimiento. La educación en la era de la inventiva
. Madrid: Editorial Octaedro, p. 53.

[12] Ibid.

[13] Sagan, C. (1997):

El mundo y sus demonios. La ciencia como una luz en la oscuridad
. Bogotá: Editorial Planeta, p. 339.

[14] KURZ, R.: "La ignorancia de la Sociedad del Conocimiento", en
antroposmoderno.com/antro-articulo.php?id_articulo=247.

[15] *Ibíd.* (Subrayado nuestro).

[16] *Ibíd.*

[17] *Ibíd.*

[18] Mooney, P. R. (2002):

El siglo ETC. Erosión, transformación tecnológica y concentración corporativa en el siglo XXI
. Montevideo: Editorial Nordan Comunidad, p. 21.

Fuente: Revista Herramienta